

Leer un libro, oír un libro, ver un libro ... en verano (segunda parte)

No son pocas las ocasiones en las que nos hemos visto interpelados: “oye, y tú, ¿qué libro me recomiendas?” Y en cuanto nos disponemos a citar algún título, a mencionar a algún autor, inmediatamente: “pero... que sea fácil y se lea bien, que se entienda”. Los ojos de besugo y cierto pasmo acuden sin dilación como un rictus facial difícil de disimular, porque ante esas preguntas se adivina algo secreto de nuestra personalidad que nos achaca quien nos pregunta, algo sospechoso de intensidad y fatiga, plúmbeo y “lastroso” de nuestro carácter o nuestra profesión; nos piden sugerencias literarias al margen de nuestras preferencias y dejando atrás algunos requisitos que los posibles lectores no encajan; debemos hacer acopio de paciencia y pensar, darle al acumen y satisfacer el gusto y la curiosidad del que reclama nuestro consejo, si bien, mediatizado y con muchos filtros, para dar en la diana.

Hay ciertas épocas del año en que esta situación se repite como la pertinaz sequía, principalmente en momentos de efemérides más o menos señaladas o en tiempo de asueto y libranza: de la Navidad al día del padre, de la madre y sobre todo durante el estío. Parece que el lector, una vez cumplimentados los regalos pertinentes, va a sacar tiempo dedicárselo a él mismo, y va a destinar ratos personales en plenas vacaciones caniculares de reposo y tumbona, “tiradazos” y dedicados al *dolce far niente*, a la lectura, y es en esas circunstancias donde hemos de ajustar un libro o dos que agrade a los sentidos, a las emociones...: fácil, divertido, con final feliz, en español, corto, letra amplia y sin complicaciones conceptuales ni argumentativas, con personajes cómicos y hasta familiares.

A veces, me da por sugerir algún “libraco tocho”, según terminología “generación Z” para que hagan “skimming”, que lo ojeen a vista de pájaro y tan solo sobrevuelen sus páginas para crear la intriga de “¿por qué me habrá dado este título?” y así inocular el “runrún” tramposo de que si alguien como un filólogo o profesor de literatura lo recomienda, será porque tiene algo de enjundia y éxito: les dejo con el intríngulis a sabiendas de que lo van a abandonar porque pesa mucho y no encaja entre los adminículos que nos acompañan en nuestro ocio veraniego. Para eso, mejor la Tablet o los cascos y si no, ya lo “veré” cuando hagan película en la televisión.

Ahí entramos en el nudo gordiano de estas líneas...

A los niños y a los jóvenes les inculcamos la práctica de la lectura, al menos, lo intentamos y como todo en esta vida es cuestión de insistir: una y otra vez, intentar, equivocarnos y volver a empezar: así con los libros, desde sus años párvulos hasta la madurez.

Hoy en día contamos con una suerte de aparatos y artilugios electrónicos y digitales, al alcance de nuestra mano...nunca mejor dicho: mano que va a “rozar” las páginas del libro con solo deslizar el dígito: *et voilà*, nuevo capítulo.

Y no es ciencia ficción, estamos en la era de la “hiperconexión” y la tecnificación: la generación T (o alfa) lo sabe muy bien. Nacidos alrededor de 2010 y 2012 han crecido con la Tablet, el *ipad*, el móvil, colgados de su ombligo. Son los niños y casi adolescentes que gracias a la Técnica lo tienen todo próximo e inmediato. Ahora se trata de encontrar tiempo y calma pues la lectura exige reposo y concentración. Por supuesto, ganas e interés, ya se trate de los T, los Z, los “nini”, los X, los *miellenials*, *centenials* o los *boomers*.

Pero ¿es mejor leer o escuchar un libro?, ¿preferimos leer o ver un libro en el cine?

A partir de la pandemia, y en especial, durante el confinamiento al que nos vimos abocados: “salud obligaba”, el porcentaje de lectores aumentó y hoy día podemos afirmar que se mantiene constante. Se lee bastante y en todas sus modalidades; algunos preferimos sobetear el papel y otros quemarse las pestañas con el e-book, porque en definitiva leemos para ¿aprender? ¿disfrutar? (cuestión que tratamos en el anterior artículo del mes pasado).

La bonanza de unas vacaciones ganadas a pulso, contribuyen al mérito de la lectura; hay quienes aprovechan trayectos y traslados más o menos largos para oír libros, otros los rescatan en las sesiones del cine de verano, tan añejo, y tan renovado. Ahora bien, si las vacaciones son un premio, hemos de contribuir a no empañarlo con la ingesta de libros que impidan su cumplimiento: un libro, un regalo. A quienes nos preguntan por un título para leer durante el verano nos “cae” la responsabilidad de atinar, de ser certeros, o de otra manera, habremos contribuido a cierto malogro de ese tiempo de ocio tan bien ganado, al fraude en las expectativas ajenas.

Pues bien, metidos en harina, empezamos preguntando unos cuantos ítems a modo de plantilla y rúbrica académica: novela o poesía (el teatro, no sé por qué no se lee o se lee poco), autor o autora, español o extranjero, cuentos o ensayo, corto o largo, clásico o

moderno, de viajes o de miedo, de amor...suma y sigue, y la persona que nos pide ayuda acaba agostada como el mes presumiblemente lector. Solo quiere uno o dos títulos...fin. Ampliar el foco, mal y con una encuesta, peor.

Desde mi punto de vista, se debe a que nos encontramos ante uno de nuestros principales males que aquejan en la actualidad: el tiempo, mejor dicho, la falta de tiempo y su pérdida. Nos movemos en parámetros económicos: algo rápido y fácil, que compense el esfuerzo -por muy placentero que sea, valga la paradoja- como si fuera una inversión a cortísimo plazo: ahora y ya, aplicando una visión del entorno y del mundo que se reduce o se amplía, según la perspectiva de los artilugios electrónicos y táctiles que marcan la instantaneidad.

Resulta curioso, pues, que ahora la sociedad pida herramientas “velocípedas” y a la vez libros de verano, como si se tratara de una campaña comercial en rebajas.

Por otro lado, somos conscientes de que el gusto y la afición por la lectura se trabaja con la práctica igual que nadar o cocinar, por ejemplo.

Y si queremos leer en verano, conviene tener en cuenta que la lectura supone un ejercicio de voluntad y de entusiasmo, pero también de mimetismo: ver leer a nuestro lado en la playa, anima a hacerlo, sin duda, dedicar unas horas al reposo verpertino con la lectura, relaja... sin obligación ni prisa. Leer, oír y ver.

Para mí, la lectura -no oída ni vista- me permite imaginar mis propios fotogramas, escuchar las voces que retumban en mi cabeza de esos personajes que trajinan por las páginas que paso; me dejo guiar por la batuta del autor, pero yo marco los ritmos y el compás porque decido dónde y cuándo leer, hasta qué punto: seguir y parar y recreo lugares, vivencias y acciones que estuvieron en el origen de su autor pero que para mí son solo un embrión. En verano, conviene alejarse del atracón literario, leer en forma de gominolas y apostar por la continuidad estacional: la lectura es estructural, o debería serlo y no coyuntural. Leer para vivir otras vidas; leer con los ojos de la cara y de la inteligencia, con el pabellón auditivo y en cinemascopio, por qué no.

Apuesto por la lectura para salir de mí y entrar en otros, para seguir siendo ahora y siempre.

Y tú, ¿qué libro me recomiendas?